sobre la enrojecida tierra.—Queria morir y he matado. ¡Me horrorizo de mí mismo!

Lazarine palideció.

—¿Y habia muerto realmente el señor de Braines?—preguntó.

## XVII

—El cirujano se inclinó hácia el cuerpo inanimado—dijo el marqués,—y despues de un exámen que nos pareció interminable, declaró que el baron solo estaba desmayado. Añadió que la herida no le parecia mortal, y que á menos que surgieran complicaciones inesperadas, era posible la curacion del señor Braines; pero que era de urgente necesidad prodigar auxilios inmediatos al herido y tomar toda clase de precauciones.

Tres ó cuatro aldeanos, atraidos al lugar del desafío por la curiosidad de ver un lance, se encontraban ocultos entre el follaje del bosque.

Raul de Gordes hizo una señal.

Acudieron todos. Improvisóse una especie de angarilla con ramas. El herido fué colocado sobre ella, y los aldeanos, largamente recompensados, le condujeron á la Granjette, adonde le acompañó el cirujano.



—¡Gracias al cielo que no le he matado—exmó el conde estrechándome la mano con febril exaltacion.—No sabría esplicaros el consuelo que me dá esta idea. Considerábame ya como un asesino.

—¿Ha sido hallada la infeliz Julia?—le pregunté.

—Sí—me contestó.—Anoche me avisaron que se habia refugiado en una casa de aldeanos en un estado que hará temer una enajenacion metal, pues ni comprendía nada de lo que le hablaban, ni contestaba á pregunta alguna. Corrí en su busca.

¡Pobre mujer! Acurrucada en los ángulos de un cuartito bajo y oscuro, pronunciaba con voz temblorosa frases incoherentes.... No me reconoció. Sin embargo, á fuerza de palabras cariñosas y de súplicas, pude decidirla á que me siguiera, y la conduje al castillo, donde se encuentra.

—¿Continúa loca?

—¡Siempre! Dios sabe si despertará su razon. No desespero de conseguirlo. La emocion fué terrible, es cierto, pero Julia es jóven.

Yo continué:

—¿Qué pensais hacer?

—Abandonar estos lugares y salir de Francia.

—¿Solo?

—Nó: Llevaré á Julia conmigo. He quebrantado su vida; debo consagrarle entera la mia. Y no desmayaré en el cumplimiento de este deber tan sagrado.

—¿A donde pensais dirigiros?

—No lo he pensado aún. Pero esto no me preocupa. ¿Qué importa el lugar del destierro?

—¿Volvereis algun dia?

—Lo ignoro, pero creo que no.

Al dia siguiente supe que Raul habia dejado el castillo de Gordes con la señora de Braines. Hace de esto dos años, y desde esa época no he vuelto á oír hablar de él mas que una vez á unos viajeros que creían haberle visto en Italia. Esa es, querida Lazarine, la romántica y sombría aventura que tanto deseábais conocer.

—Gracias por haber satisfecho mi curiosidad —dijo la jóven sonriendo.—Una pregunta he de haceros todavía. ¿Seguia loca la señora de Braines cuando esos amigos encontraron al conde?

—Lo ignorában. El conde iba solo.

—¿Y qué ha sido del marido?

—Murió seis meses despues del desafío

—¿A consecuencia de su herida?

—Nó; estaba completamente curado.

La soledad y el pesar mataron al infeliz. ¡Qué quereis! Adoraba á su esposa.

Lazarine dirigió su vista hácia los azulados techos de Gordes y la blanca fachada de la Granjette, que se destacaban entre el verde oscuro del follaje.



—¡Las dos propiedades han quedado deshabitadas! El destierro voluntario y la muerte han arrojado de ellas á sus dueños. ¡Qué triste es esto! ¡Hace estremecer! Al galope, señor marqués; quisiera verme muy lejos de aquí.

Y la jóven, recogiéndo bruscamente á *Norah*, torció la rienda y emprendió una vertiginosa carrera por la suave pendiente que conduce á Hojas-Verdes.

Al devorar el espacio iba diciendo:

—Julia debe estar mas loca que nunca. Si no fuera así, el señor de Gordes se casaria con ella, puesto que es viuda. Un marido jóven y diez veces millonario, ¡qué feliz sería! mas feliz que yó, porque el marqués es un viejo y no tiene mas que seis millones.

El señor de la Tour du Roy pasó la mañana acompañado de su notario, á quien habia remitido notas para la redaccion del contrato de matrimonio.

Este notario pertenecia á la clase que ya ha desaparecido, de aquellos hombres chapados á la antigua que se tomaban por los intereses de sus clientes un interés mas vivo del que los mismos clientes tenian.

Hombres de aquellos se ven ya pocos, por-